

ASAMBLEA DE LA «SOCIETAS OECUMENICA» (Dublín, del 23 al 29 de agosto de 1990)

Del 23 al 29 de agosto pasado ha tenido lugar en Dublín la VI Consulta Científica de la «Societas Oecumenica». Como es sabido, este organismo, nacido en 1978, en Dribergen (cerca de Utrech, Holanda) por iniciativa de los Institutos Ecuménicos Universitarios de Europa, agrupa a numerosas instituciones, encuadradas en las principales Iglesias y consagradas al cultivo académico y a la difusión de aquellos temas que favorecen el mayor conocimiento y la aproximación entre las confesiones cristianas. En estos momentos son 42 sus miembros, circunscritos en la actualidad al ámbito europeo. En sus encuentros se afrontan problemas comunes, tanto en el terreno estrictamente teológico como en el del enmarcamiento y repercusión social de las doctrinas, y se intercambian informaciones y experiencias sobre las actividades y proyectos de los distintos institutos.

Dublín ofrecía sin duda un escenario especialmente adecuado para esta nueva asamblea de la Societas, como lo puso de relieve su presidente, Mr. Alan D. Falconer, en su saludo inaugural. Si bien el catolicismo alcanza un neto predominio en la población (95%), la presencia y actividad de las Iglesias protestantes configuran una circunstancia que sería injusto ignorar. Destacan los 375.000 fieles de la Iglesia de Irlanda y los 350.000 presbiterianos; más reducido es el número de metodistas, calculado actualmente en unos 60.000.

La existencia de estas confesiones es significativa sobre todo en la Irlanda del Norte, donde se encuentran del 75 al 90% de sus miembros. Pero esta irregular distribución no es realidad viva para el conjunto del país, que provoca cuestiones y exige maduros planteamientos en todos los

terrenos, incluyendo, como es bien conocido, su trágica repercusión política. Un activo exponente de la dedicación a este tema es precisamente la Irish School of Ecumenics, con sede en Dublín, que desde su fundación en 1970 está consagrada a la investigación y la docencia de temas relacionados con el diálogo ecuménico, la reconciliación y la paz.

Bajo el aliento que supone tomar en cuenta estas realidades se reunieron, pues, medio centenar de especialistas de los Institutos miembros para estudiar con intensidad el tema propuesto a la consulta científica: «The Holy Spirit as living coherence». Cuatro ponencias, expuestas respectivamente por representantes de otras tantas Iglesias, y seguidas de animado diálogo, estuvieron al servicio de la profundización en un tema cuya relevancia ecuménica es patente, y cuya investigación de los distintos Institutos se había constatado sin embargo con pesar en los balances de los últimos años. Un déficit que podría tener su explicación (ya que no su justificación) en que, como había de recordar el teólogo ortodoxo Dr. G. Limouris, «de entre todos los temas de la teología cristiana dentro de sus variadas tradiciones, el del Espíritu Santo puede parecer el más elusivo y difícil». Tanta mayor oportunidad e interés tenía, que los congregados centraron su atención en él.

La primera de las intervenciones estuvo a cargo del obispo anglicano John V. Taylor (Oxford), bajo el título «The Holy Spirit as the living coherence of Christian witness in different cultures». El enfoque del Dr. Taylor ponía la máxima insistencia en prevenir una concepción descontextualizada de la revelación en general, y de la actuación del Espíritu en concreto. «¿Cómo podemos tomar en consideración hoy día una Cristología —se preguntaba— sin conocer algo del debate surgido entre los teólogos indios y los filósofos hindúes? Y ¿cómo podemos alimentar una fe viva en el Espíritu Santo si ignoramos la experiencia de amplios sectores de la Iglesia que él guía y dinamiza?».

Desde la convicción de que «los factores ambientales han influido en todas partes la doctrina y la disciplina, la alimentación y el ministerio de los cuerpos eclesiales, más que cualquier norma histórica», denunciaba el ponente como mitológicas todas definiciones de la Iglesia y toda formulación dogmática que no tuvieran en cuenta la extrema diversidad de los seguidores de Cristo en el mundo, naturalmente para extraer las consecuencias de esta constatación. Pero por otra parte, de las instancias oficiales se observa una tendencia a afrontar estas diferenciaciones por medio de una acentuación de la uniformidad, que confunde demasiado fácilmente los contenidos del mensaje, doctrina y vida cristianos con las formas en que estos factores se expresan y transmiten. Si se desea obviar los

problemas que de aquí surgen se hace preciso, pues, más que nunca, «aprender a pasar de la coherencia por regulación a la coherencia en el Espíritu».

Sólo del Espíritu se puede esperar lo que constituye, de acuerdo con el Dr. Taylor, su «intrínseco *modus operandi* con la Iglesia y, por supuesto, con la humanidad: la animación de cierta cualidad de percepción, el don de conocimiento en aquellos que anteriormente no lo poseían». Así actuó el Espíritu en la primera Iglesia: abriendo los ojos, favoreciendo la captación de una «verdad» que no es una comprensión intelectual, sino intuición enraizada en la vida, poniendo en movimiento, como ser dinámico que es él mismo esencialmente.

Aún en esta rápida síntesis es posible captar la relevancia que contiene la aportación del obispo anglicano para los criterios, actitudes y trabajo ecuménicos. En efecto, «si invocamos al Espíritu Santo» valorando el principio de coherencia que él es, «nos estamos abriendo por completo a una forma distinta de aproximación, en la que el término crucial es el de reconocimiento». El Espíritu penetra entonces las estructuras, permitiendo corregir las constantes fuerzas de alienación, siempre operantes y amenazadoras; impulsa la acción hacia las otras Iglesias, por la que cada una toma las cargas de la otra, reflejando con ello en último término la solicitud providente del Dios-amor. Desde aquí se fomenta la búsqueda de una conformación más auténtica, no tan preocupada de robustecer el parecido entre quienes confiesan a Cristo desde los distintos horizontes de sus múltiples ubicaciones, sino de afianzar la semejanza de todos ellos con Aquél que a todos invita a su seguimiento.

En un terreno mucho más definidamente dogmático se movió la ponencia del católico Dr. Bruno Forte, profesor de la facultad de Teología de Italia Meridional, con sede en Nápoles. Su trabajo «Die Trinität und die "perichorese": der Gesit als Leben und Kraft» constituyó una completa exposición de pneumatología. Partiendo de la lógica y sólida fundamentación escriturística, el ponente presentó las controversias en torno al *Filioque* como no habiendo llegado todavía a explicaciones satisfactorias respecto y sobre el Espíritu. En este sentido, la cuestión relativa a la procesión del Espíritu Santo sigue siendo todavía viva y espera una puntualización de su significado.

Particular importancia concedió el Dr. Forte a subrayar el carácter del Espíritu como amor personal y como don: «don del amor en persona, la apertura recíproca entre el Padre y el Hijo y hacia el mismo Espíritu, el tercero en el amor, amado del Padre por el Hijo en el movimiento de infinita autoentrega del Padre por el Hijo en el movimiento de infinita

autoentrega del amor divino». Y precisamente desde aquí surge también una referencia a la unidad que el ministerio trinitario manifiesta sustancialmente y que encuentra su expresión suprema en el hecho pascual. «Cómo el amor no solamente crea y produce unidad—indica el ponente citando a J. Pieper—, sino que más bien la presupone, puesto que no se trata tanto de la cuestión de una unión entre extraños, como de una reunión de Personas que se han en-ajenado por amor al mundo, y desde el exilio de la en-ajenación han regresado a la unidad originaria, y al mismo tiempo nueva, de su patria celestial».

Amor eterno y operante, unidad, vida. Si bien es cierto que la exposición del profesor italiano no recondujo explícitamente el tema hacia el horizonte del diálogo entre las Iglesias, como no pocos de los presentes hubieran deseado, y quizá dejó de lado la relación (de indudable alcance ecuménico) al que Jesús llamó a su Padre, no lo es menos que ella recordó y sistematizó con profundidad la fuente fecunda de donde se nutren los esfuerzos por la comprensión y la aproximación interconfesional: «la dinámica viva de la unicidad divina». Al hacerlo así, constituyó una valiosa contribución para ayudar a superar el déficit aludido más arriba respecto de una seria y rigurosa ocupación con la teología del Espíritu Santo.

La voz de la teología ortodoxa estuvo representada en la asamblea por el Dr. Gennadios Limouris, colaborador en el Consejo Ecuménico de las Iglesias. Su ponencia desarrolló el tema «Continuity and development as gifts of the Holy Spirit» desde la plena conciencia de la dificultad que entraña todo tratamiento del tema del Espíritu, y que expresaba con sus interrogantes: «¿Cómo es posible en absoluto hablar adecuadamente del único poder que permite todo auténtico discernimiento y discurso sobre Dios? ¿Cómo se puede evitar reducir el Espíritu de Jesucristo crucificado y resucitado a un mero tópico en un catálogo de la historia de las Iglesias? ¿Cómo puede finalmente el Espíritu Santo ser aislado de la divina comunión con las otras dos personas de la Trinidad?».

Cualquier conocedor del asunto dará la razón al Dr. Limouris respecto de la trascendencia de estos problemas. Pero si él los señalaba, era únicamente para reafirmar la necesidad de no detenerse ante ellos, sino de intensificar el estudio de lo que el Espíritu es y supone la existencia cristiana.

Por su parte, el ponente enfocó su trabajo con una orientación netamente eclesiológica. Pues «si la Iglesia ha de poder ser prolongación de Cristo (*Christus prolongatus*) a través de las edades y una suerte de encarnación continuada de la palabra de Dios, entonces se alcanza una

mejor comprensión del papel del Espíritu Santo en la obra de construir e introducir vida en el cuerpo eclesial, a través de la vida en Cristo».

La Iglesia se manifiesta así como una concreción de la comunión a que todo hombre está llamado en el Espíritu. Enriquecida por sus frutos y dones, da comienzo en Pentecostés a una misión testimonial, que incluye «escribir su historia día a día con lágrimas y sufrimiento en su lucha contra los espíritus y poderes del mal o las fuerzas de este mundo». Es el Espíritu quien alienta en esta tarea, quien obra en el mundo y a través del conjunto de la humanidad por medio de la acción. Tiene interés el Dr. Limorius en subrayar que esto no se realiza por medio de una especie de intervención mágica, sino que «su acción fluye en las acciones humanas, confiriéndoles y haciéndoles verdaderamente creativas». Es el Espíritu quien promueve energías de liberación, denuncias proféticas, forja de utopías productiva; quien cataliza las situaciones de conflicto.

Si el Espíritu actúa por todas partes, su manifestación preferente se da en la comunidad de los seguidores de Jesús: por él, la Iglesia se hace sacramento del Señor. Martirio y testimonio aparecen en este sentido como dones continuados del Espíritu, quizá más espectaculares en los primeros tiempos, pero no menos presentes a lo largo de la historia, y orientados a que la misión de la Iglesia santifique y renueve el mundo, de tal manera que éste se encuentre realmente envuelto en un proceso de liberación.

Por lo que respecta a la dimensión ecuménica, precisamente será el Espíritu, a través de uno de sus dones de mayor relevancia comunitaria (si es que en esto cabe establecer diferencias) el llamado a superar las visiones eclesiales restrictivas que operan desde el siglo XVI, fundadas en una consideración aisladamente de la figura de Cristo y del lugar donde se le encuentra. En virtud de su presencia múltiple y universal, recordaba el teólogo ortodoxo, el Espíritu asume la diversidad, creando un movimiento de las diferencias humanas.

La última ponencia de esta consulta, tan rica en perspectivas teológicas, estaba encomendada a la luterana Christine Lienemann-Perrin, colaboradora en la «Forschungstätte der Evangelischen Studiengemeinschaft» de Heidelberg. La desarrolló bajo el título «Der Glaube an der Heiligen Geist im Kontext gesellschaftlicher Krisensituationen». La contribución de la Dra. Lienemann estuvo marcadamente inspirada por la observación de experiencias de la acción del espíritu bajo condiciones particularmente conflictivas. Escogió para ello tres áreas, «en las que los cristianos se han expresado de manera penetrante sobre las realizaciones del Espíritu en el ámbito social»: Brasil, Corea del Sur y Sudáfrica.

Respecto del primer caso, un libro de J. Comblin le sirve de guía para percibir la experiencia del Espíritu Santo entre los pobres del continente sudamericano, los que, precisamente por serlo, y viviendo en situaciones que constituyen un círculo sin salida de miseria, opresión, violencia y lucha por la supervivencia, se muestran abiertos y receptivos a la acción del Espíritu.

En Corea, una postura análoga a la de la reflexión cristiana sobre la liberación en Latinoamérica está representada por la teología del «Min-jung», ese concepto de difícil traducción que condensa en un solo drama colectivo de sufrimiento las innumerables historias individuales que narran las muchas formas de pasión del pueblo coreano. La visión creyente percibe aquí también la acción del Espíritu en las protestas masivas espontáneas, en la colaboración y compromiso de comités y activistas reunidos. Por el contrario, el frescor y dinamismos propios del Espíritu tienden a quedar refrendados y sojuzgados por la opresión y anquilosamiento que proceden de las estructuras institucionales.

La situación sudafricana con sus dolorosas formas de discriminación y violencia es sin duda más conocida, pero probablemente lo es menos la actuación del Consejo de las Iglesias, en el que la señora Lienemann ve un ejemplo de estructura social establecida bajo el signo del Espíritu Santo. En efecto, esta institución, que une de manera fecunda y original elementos carismáticos e institucionales, representaba en 1980 a casi la mitad de la población sudafricana y alrededor de un 63% de los cristianos. Su tarea se extiende eficazmente desde el asesoramiento jurídico hasta el fomento de proyectos de alcance social; desde realizaciones de promoción agraria hasta el estudio profundizado de cuestiones de Derecho político, decisivas si se desea preparar un orden mejor en el futuro.

Los tres casos indicados no son en modo alguno los únicos en los que un ojo iluminado y alerta puede percibir acción del Espíritu. Pero no quisiera la Dra. Lienemann que la interpretación que se dé de éstos, como de todos los demás que pudieran referirse, fuera consecuencia de una lectura acrítica de los acontecimientos y de una comprensión que no tuviera en cuenta los planteamientos y enfrentamientos con las demandas de la razón moderna. Por eso se apresura a señalar que «aclarar la relación entre el Espíritu y la razón pertenece a las tareas todavía pendientes del diálogo intercultural».

En definitiva, el creyente no está dispensado en modo alguno de ejercer un discernimiento sobre la presencia del Espíritu y su vinculación con unos u otros acontecimientos concretos. Más bien, por el contrario, tal ejercicio de discreción cristiana es una exigencia insoslayable. Pero ella

está a su vez alejada de aquellas posturas apriorísticas inclinadas a negar de antemano cualquier posibilidad a la libre acción de quien es Señor de la historia y busca su habitación en los corazones de los hombres para conducirlos a la plenitud de su condición de hijos.

Hasta aquí, pues, las líneas más destacadas de las cuatro exposiciones presentadas a la consideración y diálogo de la asamblea. Con todas las diversidades de acentos y enfoques que una síntesis tan sumaria apenas deja entrever, creo que se ha podido notar su coincidencia en fundamental, desde ángulos parcialmente específicos, el papel del Espíritu Santo en relación con los avances del entendimiento ecuménico, y con la realización de las tareas y compromisos, no sólo estrictamente eclesiales, que éste implica y suscita.

Pero la ocupación de los congregados se extendió todavía, además del vivo diálogo que acompañó a las ponencias (y del cual, lamentable aunque comprensiblemente, no es posible dar en esta crónica la puntual cuenta que merecía), a otras actividades. Sin olvidar la diaria oración matutina y el disfrute de la hospitalidad eucarística en una celebración de la Iglesia [aglicana] de Irlanda, quiero destacar sobre todo entre aquellas la participación en los seis grupos de trabajo constituidos para este fin, centrados respectivamente en «Estudio bíblico intercultural», «Diálogo misión-fe transconfesional», «Creación y sacramento», «Recepción del BEM», «Modelos de unidad» y «Espiritualidad ecuménica». Si bien el fruto de estas deliberaciones no se llevó a la plenaria, estaba en los ánimos de todos que constituyeron un positivo enriquecimiento para los asistentes, y una fecunda manera de confrontar perspectivas sobre temas de primera importancia para el común esfuerzo ecuménico.

La consulta concluyó con una asamblea general en la que se llevó a cabo la elección del nuevo comité directivo de la Societas. Quedó designado como su presidente el católico Dr. A. Houtepen, miembro del «Interuniversitair Instituut voor Missiologie en Oecumenica» (IIMO) de Utrecht. Los otros miembros del Comité ejecutivo son: Dr. Th. Brener, Münster (reelegido); Dr. M. Conway, Birmingham (reelegido); Dr. A. González-Montes, Salamanca (reelegido), y Dr. K. Raiser, Bochum.

Y los reunidos retornaron a sus tareas habituales en la convicción de que los trabajos de Dublín habían constituido un paso más, y por cierto nada despreciable, en la preparación de la futura séptima Asamblea General del Consejo Ecuménico de las Iglesias, convocada precisamente bajo el tema «Ven, Espíritu Santo, renueva toda la creación». El tema elegido para la VIIª Consulta de la Societas es «The Changing face of Ecumenism», y se celebrará, D.m., en Salamanca en 1992. El Centro de Estu-

dios Orientales y Ecuménicos «Juan XXIII» acogerá a los especialistas en teología ecuménica agrupados en la Societas, después de que el nuevo Comité ejecutivo, en su reunión del pasado mes de diciembre en Driebergen, cerca de Utrech, así lo ratificara, oyendo la voz mayoritaria de la Asamblea de Dublín. Esta dio su voto a la candidatura salmantina presentada por el Centro «Juan XXIII» junto a las presentadas por otros asambleístas en favor de Estrasburgo y Venecia.

JOSE JOAQUIN ALEMANY

Facultad de Teología.

Universidad Pontificia de Comillas (Madrid)

Colaborador del Centro de Estudios Orientales
y Ecuménicos «Juan XXIII» de Salamanca